cuento "Wilma" de Martha Mercader, en *El árbol del placer* de Hebe Huart, y en *Zona de clivaje* de Liliana Heker. Finalmente Gimbernat González examina las novelas que presentan varias "narrativas entrecortadas", de cuyos resquicios y discursos implícitos surge lo que la autora denomina "el jeroglífico, porque implica un cierto desplazamiento del concepto de escritura" (300). Son estos textos, ajenos a una escritura consciente, polisémicos, diseminadores de sentidos, los que de alguna manera también enfrentan sistemas establecidos de representación. Los textos examinados en la obra son *Mina cruel* de Alicia Borinsky, y *La tercera mitad* de Liliana Heer. Según Gimbernat González estas novelas buscan abrirse al caos, hacerse subversivas, y relativizar de esa manera el control y el poder.

La obra de Gimbernat González es un hito importante dentro de la crítica de la literatura contemporánea escrita por mujeres argentinas, campo que está recién explorándose, con muy ricos resultados. La variedad de autoras, temas y perspectivas de análisis presentados hacen del libro un instrumento valioso para un estudio más a fondo de las escritoras, de sus temas, de los análisis de las obras, o de la circunstancia cuando ellas fueron producidas y/o leídas. Creo que el texto hubiera sido mejor servido en dos puntos: primero, si en lugar de darse por sentada lo que Gimbernat González denomina "la consabida opresión genérica" (15), la autora hubiera explorado sus maneras de presentarse en la circunstancia argentina. Es posible hacer una distinción entre la situación de la mujer en los Estados Unidos, en Europa Occidental, y en la Argentina y examinar los parecidos y diferencias de la situación de la mujer en diversos contextos. En este aspecto, a la abundancia de teorías críticas feministas se debe agregar la circunstancia particular de cada región cultural, la Argentina en este caso, para contextualizar mejor la crítica de la literatura producida por la mujeres, no sólo en un período con características peculiares, sino también en un espacio cultural singular. Segundo, enriquecería al texto todo una breve exposición de las razones que llevaron a la autora a circunscribir su estudio al género novela, y un análisis acerca de las maneras cómo este género, más que el relato o la poesía, se hace importante durante el gobierno militar en la Argentina de los años ochenta para expresar voces a contrapelo de la posición oficial. Estos dos aspectos completarían, pues, una obra de por sí sumamente valiosa e importante para el estudio de la literatura argentina femenina contemporánea.

Lynchburg College

GUSTAVO FARES

GINO LOFREDO. *Tráfico de identidades*. Quito: Ediciones Libri Mundi, 1991.

La segunda novela del escritor argentino norteamericano Gino Lofredo, supera en hechura, composición y madurez narrativa a la primera, *Obediencia debida*, de 1988. La complejidad de niveles de lectura que ofrece podría nutrir las más diversas interpretaciones sin negarle validez de ninguna. Las dispares preocupaciones que se reflejan en su temática apuntan hacia las más variadas problemáticas que enfrentan Latinoamérica y los latinoamericanos, el escritor y el ser humano general en este fin de milenio.

Hay dos tramas paralelas en la novela que se ofrecen capítulo por medio. Una se refiere a las peripecias de un traductor norteamericano que vive en una ciudad latinoamericana y traduce al inglés una novela de autor desconocido, la cual aparece en los capítulos pares. Ambas historias poco a poco se funden, e interfieren en los sucesos que ocurren en la ciudad latinoamericana, cuestionando y complicando el status de personaje de aquellos que aparecen en la novela traducida. Gracias a estos dos relatos paralelos se enfrentan los mundo de dos ciudades, Washington DC y San Francisco de los Andes. La primera referida a una ciudad real, se da en el texto de una novela ya escrita. La segunda, sin posible ubicación en un mapa, representa una y muchas ciudades latinoamericanas.

Esta doble trama insiste en un diálogo que se da de diversos modos en la novela y que enriquece la dimensión de sus planteos. Los innumerables epígrafes que encabezan cada parte y cada capítulo del libro obligan al lector a cuestionarse sobre su función textual, que subraya la presencia de múltiples e indiscriminadas lecturas, porque tales citas van más allá de los clásicos conocidos y prestigiados, incluyendo letras de tangos, baladas populares, canciones de protesta, artículos periodísticos entre otros representantes de una cultura popular y vigente.

Tomás, el traductor protagonista, es perseguido por culpa de la novela que está traduciendo, cuyo texto es leído por la fuerzas de represión como documento “real y verídico” y no como ficción. Creo que en este gesto reside el planteo que más me ha interesado en esta novela: el poder de la lectura, del texto, de la palabra. La palabra en la más amplia connotación de su sentido, aquellas leídas por las radios, gritada en las esquinas, murmurada en la conspiración de los muertos, traspasada por el folklore, inscrita en la pantalla de la computadora, encantatoria en la plegaria de una iglesia opresora, halagüeña en la cortesía meliflua que esconde el revés de la ambición y la corrupción. La palabra y las sutiles tramas del poder siempre elusivo y al borde de cambiar de mano, son las principales fuerzas que mueven el hacerse de esta novela.

Hay un cuestionamiento a la mano que escribe el guión no sólo de la ficción, sino a aquélla que parece guiar al ser humano. Al estilo de aquellos jugadores de ajedrez borgianos que se preguntan qué fuerza más allá de su comprensión mueve las jugadas que le corresponde en su vida: “miedo al azar y las arbitrariedades de una trama que no controla” (306). Lo más interesante es que Gino Lofredo enfrenta e iguala todas las posibles fuerzas que se entretejen y confluyen en el hacerse de la “realidad” de la trama. Tanta importancia tienen los datos complicados y exactos que la computadora fielmente archiva, como el poder de una luna llena, la protección de la Virgen María, el recuerdo “vivo” de los muertos, la energía proyectada por una mirada en el texto ficticio. El peso del poder ya no recae en un Dios todopoderoso, ni en un gobierno central: se divide y es ubicuo, multiplicado los matices de su peligrosidad y sin embargo efectivo en su impulso desjerarquizante.

En la novela sin autor responsable, que traduce hay un personaje llamado Gotman que, gracias a la imprenta en la que hace tarjetas de presentación, se apropia de la identidad de sus portadores, organizando sus vidas de acuerdo con un complejo montaje de programas y archivos de computadora. Una de sus propias creaciones, Leuser, acompañado de Sophie, ajena al sistema de este poder, se atreve al enfrentamiento con la imprenta en busca de la libertad y de sus propias identidades. En San Francisco de los Andes, Tomás el traductor confronta dentro de aventuras un tanto anti-heroicas las fuerzas que gobiernan la ciudad,

trizadas desde adentro por la dispersión de los intereses, que debilitan la solidez de la unidad que el jefe del clan pretende mantener.

El "tráfico de identidades" asume la desintegración de los nombres sin perder la fe en la palabra. La lucha contra ese poder confía en la fuerza relativizante de la palabra, atacando la imprenta que la fija y encuadra, usándola en las radios, cuyas ondas mágicamente traspasan y conmueven un pueblo entero, o escribiendo en la computadora la contraseña que da acceso a las cuentas bancarias internacionales, que al cambiar de dueños destituyen las jerarquías basadas en el dinero, y permiten la entrada de la comunidad, aislada en su tercermundismo, a la palestra mundial.

No importa si el final de la novela es un optimista acomodo de las fuerzas caóticas que pululan y rivalizan en la hechura del argumento, porque el planteo plural, relativizante y multifacético que Lofredo minuciosamente presenta, excusa este cierre conciliador de órdenes. La novela responde de todos modos a una posmodernidad descentralizante que complica enriqueciéndolos a aquellos parámetros en profusión que insisten en cuestionar la falacia de la simultaneidad del espacio y la progresión del tiempo considerando que cada sistema tiene su propio tiempo y nada ocurre simultáneamente al no existir el tiempo universal.

University of Northern Colorado

ESTHER GIMBERNAT GONZÁLEZ

DIANE E. MARTING (Editor). *Escritoras de Hispanoamérica. Guía bibliográfica*. México, D.F.: Siglo XXI Editores, 1990.

"Hasta hace poco nos preguntábamos si había escritoras en América Latina", empieza Montserrat Ordóñez su prólogo a la edición en español de *Spanish American Women Writers. A Bio-bibliographical Source Book*, publicado en inglés en 1990. De hecho, hasta el año 1980 no existió ninguna colección que bajo nombre de diccionario, guía o bibliografía recogiera nombres y títulos correspondientes a las escritoras latinoamericanas, dando fe de su participación en el canon literario. Afortunadamente, al menos la lengua española reconoce tal existencia, no como el inglés que necesita servirse de un neologismo un tanto sexista, "women writers".

Si hasta el año 1980 no hubo escritoras latinoamericanas y desde entonces las hay, y tantas que proliferan publicaciones de todo tipo, incluyendo las críticas, no es cuestión de la existencia *in se* sino del reconocimiento. La literatura de mujeres, en cuanto fenómeno y en cuanto término, evidentemente, ha entrado en los círculos académicos y ha reclamado su puesto dentro del patrimonio literario de Latinoamérica. De allí que haya surgido la necesidad de trabajos de referencia que ofrecieran información sobre un fenómeno relativamente reciente y todavía un tanto polémico.

De entre esos trabajos, hay que mencionar que en el año 1980 se publica en Bloomington, Indiana, *Bibliography of Hispanic Women Writers*, en 1983, en Nueva York, *Spanish American Women Writers: A Bibliographical Guide to Research*, al mismo tiempo que el primer volumen de *Contemporary Women Writres of Latin America*. En 1987 Diane E. Marting edita *Spanish American Women Writers: A Bio-bibliographical guide*